

Naturaleza y lugar de la conciencia en la ciencia. Reflexiones de C. S. Peirce

Marta Morgade Salgado

Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

En la obra de Peirce encontramos multitud de párrafos dedicados a la conciencia como tema de reflexión. Como en otros tópicos (Morgade, 2004) el tratamiento de Peirce del tema de la conciencia es multidisciplinar. Interesado por la conciencia durante gran parte de su vida, exploró a partir de distintas disciplinas su naturaleza. En un barrido de los textos publicados hasta ahora hemos encontrado gran cantidad de reflexiones sobre el tema en campos como la lógica, la matemática, la metafísica, la astronomía, la psicología, etc (Morgade, 2004) Esa visión caleidoscópica del tema de la conciencia tiene interés por dos motivos. Primero para el estudio de toda la obra de Peirce, siguiendo con el trabajo emprendido desde últimas décadas que recupera la obra de Peirce por parte de distintas disciplinas (Houser, 2006). Segundo, y más interesante para la psicología en particular, investigar cómo Peirce entendía la psicología y porqué desarrollo sus propios trabajos psicológicos.

Palabras clave: Peirce, Conciencia, Temporalidad, Semiótica.

Abstract

Along Peirce's numerous writings, it is possible to find multitude of paragraphs dedicated to the consciousness. Like it happens about other topics in Peirce's work (Morgade, 2004) the conscience is treated multidisciplinary. Peirce was interested for the consciousness thought of his all life; he was exploring its from different disciplines. We can find this speculation about the topic in sciences text of Peirce as logic, mathematics, metaphysics, astronomy, psychology, etc., and that only from the published texts of Peirce (Morgade, 2004) This vision of the topic of the consciousness in Peirce is interesting for two motives. First objective is the study of all his work in general. This is continuing with the work displays from the last decades for the Peirce's scholars (Houser, 2006). The second motives is more interested for us. The objective is understood the topic of psychology in the general thought of Peirce.

Keywords: Peirce, Consciousness, temporality, Semiotic.

En su revisión de la traducción del clásico de la psicología de Wundt (1902) Peirce indicó que si bien la psicología causó una enorme sensación en los trabajos de los 1860's, donde se prometía que la nueva ciencia seguiría el ritmo de las otras ciencias estrictamente experimentales y las aventajaría, lo alcanzado 40 años después era indiscutible pero modesto, se pregunta: ¿Quién diagnosticará la enfermedad de la psicología? (Peirce, 1975-1979).

Peirce señala que no hay nada que cumpla en el ala psíquica de la ciencia la función que la ciencia de la dinámica cumple en el lado físico. Toda explicación física de algún fenómeno consiste en proponer primero alguna hipótesis respecto a la existencia de condiciones dinámicas designadas a partir de las cuales, según los principios de la dinámica, tendrían lugar fenómenos como los que se han observado, y luego seguir sometiendo a prueba las hipótesis y convertirlas en la base de predicciones relacionadas con experimentos no probados. La ciencia que se funda en la experiencia común de todos los hombres la llamó Bentham *ceoscopia*, en oposición a la *idioscopia*, que descubre fenómenos nuevos. Así, cuando Wundt trata de explicar desde la psicología la lógica, la geometría, etc. no manifiesta más que sus errores en la consideración de lo psíquico.

Wundt negaba la existencia de aquellas dudas que impulsaron a hombres de ciencia al estudio riguroso de la filosofía que tenían que ver, casi siempre, con los límites del valor de verdad de los resultados científicos. Para Wundt todo lo que no se basa en los resultados de las ciencias especiales no tiene base real en absoluto. Wundt no hacía excepción en favor de la dinámica, sobre cuya verdad se apoya todo su propio trabajo (1975-1979). Para Peirce la negación que de la metafísica, o la filosofía, hace Wundt le llevaba siempre a suponer implícitamente en su psicología experimental una mala metafísica que le conduce a callejones sin salida (CP8).

La preocupación por encontrar los elementos que sustentan los desarrollos necesarios de la psicología, en su carácter *ideoscópico*, es lo que le lleva a Peirce a plantearse, tanto desde la filosofía, como desde la metafísica, o la *fanareoscópica*, las descripciones subyacentes de los elementos que toma la psicología. Y en especial, se preocupa por caracterizar aquello que tan intrínsecamente define lo psíquico como es la conciencia.

PERCEPCIÓN Y CONCIENCIA. EL CARÁCTER INFERENCIAL DEL PENSAMIENTO

Comenzamos por considerar la naturaleza de la conciencia desde la percepción (Morgade, 2004 y 2006). La percepción para Peirce es un proceso de carácter inferencial abductivo que entronca con la consideración de la conciencia en términos semióticos y finalmente con su taxonomía de la conciencia a partir de las categorías metafísicas; primariedad, secundariedad, tercerariedad.

La percepción, y por extensión la cognición, involucra inferencias hipotéticas, los hechos conocidos se reducen a una unidad, una reducción que para Peirce es mediación; es esencialmente relacional. Todas las facultades cognoscitivas que conocemos son relativas y, en consecuencia, sus productos son relaciones. Además, la cognición de una relación está determinada por cogniciones previas (CP5.213-63).

El hecho de que este carácter mediacional, semiótico, sustente toda cognición se asienta en su consideración de la posibilidad de llegar a esa unidad, cognición, desde la síntesis inferencial, que define la acción mental: la actividad de la conciencia. Existirían tres modos de acción mental:

La inducción, un cierto número de sensaciones seguidas de una reacción se unen bajo una idea general seguida de la misma reacción; mientras que, mediante el proceso hipotético, un cierto número de reacciones evocadas por una ocasión se unen en una idea general promovida por la misma ocasión. Mediante la deducción, el hábito cumple su función de promover ciertas reacciones en ciertas ocasiones (CP6.147).

En la naturaleza inferencial de la acción mental, y sus tres modos, se advierte de un cierto arbitrariedad espontánea que las inferencias abductivas permiten. Esta característica de la conciencia, de la acción mental, ya estaba en su defensa de las inferencias inconscientes existentes en la percepción. Tal y como ya señalamos (Morgade, 2006) Peirce defendía frente a James que el hecho de que la acción mental se describa en sus inferencias perceptivas mediante la inferencia inconsciente no supone una tautología. Puesto que, los perceptos, juicios perceptivos son tematizados en un continuo semiótico, dentro de la descripción del proceso perceptivo a partir de sus tres categorías metafísicas. El Juicio perceptivo implica elementos generales, pero es un juicio cuya aceptación se me impone absolutamente, y es un proceso que soy totalmente incapaz de controlar, incapaz de criticar, de someter al razonamiento, sin poder pretender tampoco una certeza absoluta sobre ninguna cuestión de hecho. Sin embargo, en tanto generalización conlleva mediación, y por tanto terceridad. El objeto perceptivo supone una unificación, que lo distingue del juego de impresiones, a partir de una inferencia no controlable, y por ello no auto-consciente, en un caso de *insight* tremendamente falible que adquiere el carácter de hipótesis. Este proceso de formar el juicio perceptual, debido a que es no-auto-consciente y, por ende, no susceptible de crítica lógica, no tiene que hacer actos separados de inferencia, sino que ejecuta su acto en un proceso continuo (CP5.191). Un proceso inferencial que reduce las impresiones en cada momento en un proceso de mediación que implica tiempo, temporalidad de la acción mental que permite relacionar semiosis y percepción. El análisis semiótico de la conciencia, de la actividad mental, indica que es una extensión temporal que auto-sintetiza por medio de la inferencia, son cadenas múltiples de signos, pensamientos, que se determinan y determinan a los subsiguientes (CP7.524-96).

Es necesario señalar que aunque hemos hablado de la terceridad implicada en los juicios perceptivos, y en la conciencia, Peirce, indica la necesidad de la primariedad, de la cualidad de las sensaciones, y de la secundariedad, de la acción-reacción, de las sensaciones (CP5.151-79).

Ese triple carácter de las percepciones se extiende a toda acción mental, y conlleva en Peirce su taxonomía de la conciencia, necesaria para superar las que se encontró en algunos autores de la psicología (CP1.545-67).

TAXONOMÍA DE LA CONCIENCIA

La taxonomía que Peirce hace de la conciencia parte de las tres categorías de su metafísica y son analizadas desde la *Fanaeroscopia*, la fenomenología peirciana. Sin embargo, aunque su análisis es fenomenológico y no psicológico tiene para él su implicación más directa en la psicología (CP1.545-67); en tanto ésta debe cubrir su lugar en la arquitectura de las ciencias el lugar del estudio de lo psíquico. Para ello, considera que es necesario ser cuidadoso en la taxonomía de la conciencia, y desde ahí estudiarlas empíricamente en la psicología.

Para Peirce las verdaderas categorías de la conciencia son tres y proporcionan una explicación psicológica desde las tres concepciones lógicas de cualidad, relación y síntesis o mediación.

Su taxonomía revisa la de Kant, quien reconocía tres departamentos de la mente: sensación (placer o dolor), conocimiento y voluntad. La doctrina kantiana, aceptada por psicólogos, confunde elementos lógicos de las tres categorías provocando errores en los análisis subsiguientes que la psicología haga basándose en ella. Por ejemplo, el deseo incluye un elemento de placer tanto como de voluntad. Desear no es querer; es una variación especulativa y anticipatoria de placer. El deseo, así, debe ser sacado de la definición de la tercera facultad, dejando la mera volición. Toda emoción, toda erupción de pasión, todo ejercicio de voluntad, es en tanto conocimiento tercero (CP1. 545-67).

Los tres elementos para Peirce serían: la **Conciencia Singular o Simple**, la conciencia tal como puede existir en un instante singular, de todo lo que está inmediatamente presente, ya que todo lo que no está inmediatamente presente es un absoluto espacio en blanco. Es la sensación pura. En esta clase de conciencia el sujeto y el objeto no son discriminados de ninguna manera, ni hay análisis, ni relación, ni representación, sólo un *quale* puramente indescriptible. Es la cualidad de lo inmediatamente presente, que fluye por nosotros continuamente, siempre aquí pero que nunca se detiene para ser examinada. La **conciencia dual** es un sentido de otro, no presente, un sentido de golpear y de ser golpeado, de acción y de reacción recíproca. Es la clase de conciencia más despierta; enfrenta enérgicamente al objeto contra el sujeto. La **conciencia plural o sintética** no es la mera sensación de lo que está inmediatamente presente, ni siquiera el mero sentido de carencia de algo, es el darse cuenta del puente que une lo presente y lo ausente, de un *Proceso* como tal. Zenón mostró cómo el movimiento es imposible si renuncias al abrir los ojos de la conciencia sintética. Es la percepción del movimiento y del cambio (MS1600).

La conciencia Dual tiene dos grados, la forma dinámica y la forma estática o degenerada. La conciencia dual dinámica consiste en la acción y reacción externa, el Sentido Externo y la Volición; la conciencia dual estática en la acción y reacción interna, la autoconciencia y el autocontrol. La conciencia Plural, al ser conciencia de un tercero, tiene dos grados de degeneración. La conciencia sintética genuina, la conciencia de lo que tiene su ser en su terceridad, es Razón. La variedad dinámica es una conciencia de coordinación entre los actos del sentido y la voluntad, es mirar a los fenómenos del sentido y la voluntad como racionales, lo que podríamos llamar Deseo, aunque eso no lo define exactamente. La variedad estática es la comparación de sensaciones, y puede ser llamada comprensión estética.

Peirce recuerda que en la práctica no es posible separar esos tres elementos ya que cuando los analizamos los llevamos todos a la terceridad, el análisis implica siempre una mediación, una representación en su carácter de razonamiento o creencia. La actividad de la conciencia los une en un proceso que implica la temporalidad (CP7.524-96).

LA TEMPORALIDAD DE LA CONCIENCIA

La conciencia tiene que abarcar necesariamente un intervalo de tiempo; pues, de no ser así, no podríamos obtener ningún conocimiento del tiempo, y no meramente ninguna cognición veraz del mismo sino ninguna concepción en absoluto (CP6.111).

El tiempo sólo es concebible si la conciencia asiste a una cierta extensión, el pensamiento como actividad de la conciencia es concebido como *despliegue en el tiempo*. Además, la temporalidad permite reconceptualizar las figuras epistémicas de sujeto y objeto, así como el tipo de relación que se establece entre ellas. A la luz de la *continuidad* peirceana los términos de la relación epistémica pierden su carácter disociado para convertirse en manifestaciones fenoménicas de un continuo semiótico.

La perspectiva temporal del pensamiento se encuentra estrechamente enlazada con la dimensión lógica en la noción de mediatez que Peirce concibe como condición desde la que se distinguen los pensamientos de las sensaciones. Mientras que éstas se nos presenta inmediatamente, aquellos se presentan a través de un proceso que involucra una sucesión temporal mediada. No pueden sernos presentes de un modo inmediato sino que tienen que abarcar una cierta parte del pasado y/o del futuro (CP6.102-66).

Así, la creencia es una regla para la acción, cuya aplicación implica más duda y más pensamiento, a la vez que constituye un lugar de parada es también un lugar de partida para el pensamiento. La creencia es sólo un estadio de la acción mental, un efecto sobre nuestra naturaleza debido al pensamiento, y que influirá en nuestro futuro pensar. El pensamiento supone un despliegue temporal continuo, en el que las creencias constituyen estadios de reposo circunstancial que se revelan en hábitos y con ellos, suponen en el plano existencial, la realidad misma del pensamiento, en la medida en que éste no nos es accesible sino a través de sus efectos, las creencias. La dimensión existencial de los hábitos no agota la realidad del pensamiento porque éstos deben entenderse como disposiciones para la acción, no sólo en su probabilidad sino además en su posibilidad (CP5.388-410).

La temporalidad fenomenológica que resulta de esta operación no sólo refiere al sustrato inmediato-vivencial-individual, también es de orden rigurosamente lógico y tiene que ver con el proceso de conocimiento entendido como organización semiótica –y comunitaria– del mundo, lo que quiere decir que no recortará su unidad conceptual en el individuo aislado. El sujeto colectivo peirceano no es un agregado de individuos, es actor de un pensamiento inaccesible a la conciencia de los individuos aislados. Así, la historia, en tanto representación limitada y en tanto territorio de lo ya acontecido, no asiste a la realización completa de una civilización que seguirá siempre extendiendo sus efectos. Finalmente, la capacidad civilizatoria, en cuanto capacidad de producir representaciones, no puede agotar la realidad producida. Peirce insiste en

el infinito como impulso que resiste, o como resto que desborda, la clausura tautológica del todo social (CP5.388-410). Toda aproximación individualista se ve desbordada por la idea, presente en el principio de lo continuo, de que todo punto de una serie participa directamente del ser de todos los demás. El individuo no sería la fuente de civilización, ni de acción histórica, no puede constituirse como origen del pensamiento en tanto ser aislado como unidad discreta.

En este marco la conciencia estaría compuesta por instantes del pensamiento en tanto inmediatos y singulares, mientras que es la mediación la que establece la continuidad en el tiempo, otorga su unidad. Ahora bien, la fuerza efectiva real que hace posible la mediación está fundada en la *comunidad de interpretes*. Puede decirse que la *comunidad de interpretes* sitúa la conciencia en el marco más general del colectivo semiótico, en la medida en que su existencia concreta está condicionada por su auto-cognoscibilidad, y está a su vez mediada por su carácter social. Las representaciones tienen carácter real, como manifestaciones fenoménicas de la mente, y la realidad del hombre es de carácter sígnico.

La conciencia y su manifestación fenoménica es en Peirce el reconocimiento del *yo pienso* o unidad en el pensamiento. Igual que en el mundo existe la multiplicidad de manifestaciones sensibles que, en el proceso de conocimiento, se convierten en la unidad del concepto; en el caso del hombre, existe la multiplicidad de manifestaciones fenoménicas de la mente que, a través de procesos inferenciales de auto-conocimiento –comunitariamente mediado–, se convierten en la unidad (sígnica) de *la conciencia* (CP5.574-89).

Podríamos decir que en la intuición, entendida en su condición inmediata y presente, no hay pensamiento porque todo aquello que forma parte de un pensamiento es algo que ya ha pasado. Decir que cada pensamiento es un signo es decir que cada pensamiento es determinado por otro o debe dirigirse a algún otro y determinar a su vez a un tercero. Todo pensamiento presente es mitad pensamiento pasado y mitad por venir (CP7.524-96).

Peirce, afirma que la validez de un razonamiento se encuentra en la instancia de su *existencia*, no de su *representación*, algo que para él adquiere un nuevo sentido a la luz de su concepto de *hábito*, en la medida en que este recupera la idea de la validez existencial pero en virtud de incorporarle el componente comunitario. Así, el *hábito* se convierte en un interpretante final de una cadena semiótica, supone que, en determinado momento, el orden de la *acción* requiere la suspensión de la indeterminación referencial propia de la infinitud semiótica.

La realidad del objeto del conocimiento tiene el mismo status que la del sujeto, pero no porque éste último es quien construye a aquel, sino porque ambos son configurados en la red semiótica. La propia naturaleza del sujeto cognoscente aparece sostenida en la semiosis ilimitada, y su garante es la *comunidad de intérpretes*. Subjetividad y objetividad constituyen manifestaciones fenoménicas de una realidad estructurada en la red semiótica (CP6.238-271).

La *imaginación* sería entonces la condición habilitante de la semiosis, dado que involucra, en el instante presente, el espectro de lo posible, es decir, de los caminos no tomados. Así, la categoría de *imaginación* que permite la articulación de la dimensión lógica con la estética, resulta en el sustrato de relaciones que no acceden a la formulación semiótica pero que como sus condiciones de posibilidad constituyen parte de su realidad (CP5. 438-63).

El principio clave de la *continuidad* supone que el límite de una serie continua debe ser comprendido en ella. Un continuo es una serie cuyas partes comparten un límite común. En

este marco, la definición del *fundamento* como *estado naciente de lo real* permite identificarlo con el plano del presente semiótico mitad pasado y mitad futuro

cuando hablamos de la profundidad, o significación, de un signo estamos acudiendo a la abstracción hipostática, aquel proceso por el que consideramos un pensamiento como una cosa, por el que hacemos a un signo interpretante, objeto de un signo... de no ser por la abstracción hipostática, no podría haber generalidad alguna de predicado (CP5.449n).

La inferencia abductiva nos rescata del infinito que disolvería la significación. La realidad cancela su vaguedad semiótica en el hábito comunitario. Afirmaríamos que la condición de posibilidad del conocimiento y su instancia de validación conviven en el orden comunitario y semiótico. Esto aplicado al campo de las ciencias sociales permite reconocer la desaparición de la frontera que separa los contextos de descubrimiento y justificación, y, con ello la relevancia de la inferencia *abductiva* como operación constitutiva de la explicación en ciencias sociales, en detrimento de concepciones que enfatizan el carácter predictivo como fundamento de la validación.

Hemos presentado algunos argumentos claves en la consideración de la conciencia por parte de Peirce. Su análisis de la conciencia desde la metafísica conllevan la consideración de la misma naturaleza del conocimiento, y da luz a los desarrollos de las ciencias sociales.

Referencias

- HOUSER, N. (2007): «Peirce en el siglo XXI», *Revista anthropos*. v. 212, pp. 102-111.
- MORGADE, M. (2004): *Charles S. Peirce en la Psicología*. Tesis doctoral Inédita. UAM.
- (2006): «Palabras intercambiadas con un amigo. Dos formas de percibir el pragmatismo: W James y CS Peirce», *Revista de historia de la psicología*. Vol. 27.
- MS (1966): *The Charles S. Peirce Papers*. 1966. Cambridge, MA, Harvard University Library, Photographic Service.
- PEIRCE, C. S. (1931-1958): CP. *Collected Papers*, vols. 1-8, C. Hartshorne, P. Weiss y A. W. Burks (eds). Cambridge, MA, Harvard University Press.
- (1975-1979): *Contributions to The Nation*. Texas Tech Press
- WUNDT, W (1902): *Principles of Physiological Psychology*. London, Swan Sonnenschein & co.